

El Arte

Revista hebdomadaria.

Director: Pelayo Vizquete.

Núm. 29.

23 de Julio de 1899.

Año I.

Muy importante.

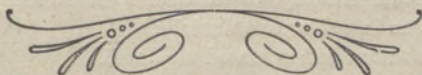


El sorteo de la Lotería Nacional que rige para la adjudicación de los billetes del ferrocarril, es el del día 11 de Agosto próximo, en vez del 10, que por error se ha dicho.

Los billetes de dicho sorteo son 13.000, y nosotros damos varias series, en atención á que nuestra tirada semanal excede con mucho de dicha cifra; es decir, que á cada 13.000 ejemplares corresponden los tres billetes ofrecidos.

Para que se entienda mejor, pondremos un ejemplo:

Supongamos que los tres primeros premios del sorteo del 11 de Agosto, fuesen los números 1, 240 y 13.000; pues bien, no sólo obtendrían premio dichos números, sino los 13.001, 13.240 y 26.000



¡ Un veraneo... por Dios!

Malo es el invierno, pero peor mil veces que aquél, es el verano.

Y sobre todo este verano que estamos *disfrutando*.

Ya dijo en cierta ocasión *La Correspondencia* que en Madrid estábamos á la temperatura «del frito». Pues ahora estamos á la de la cocción.

También—ó tan mal—dijo el *maestro* (aquí abundan mucho los señores que disfrutan de esta categoría, mientras escasean los aprendices), el *maestro* Ferreras en cierta ocasión, que «á pesar de lo que *dijeran* los termómetros», en Madrid hacía un frío de cien mil demonios.

Ahora bien; yo, digan lo que quieran los termómetros, y aun los teléfonos, si es que en Madrid pueden llegar á decir algo, lo que puedo decir es que el verano me revienta, me hastia, me enerva, me fastidia.

Y no es precisamente por el calor, sino por otras miles de cosas.

Por ejemplo: el afán inmoderado y desbocado apetito por ausentarse de Madrid, pero no pagando los derechos de alcabala y portazgo que marcan las tarifas, sino gratuita y generosamente.

Hay, en esta época del año, días que *se dan de cara*, y no se puede salir á la calle, ni ir al teatro, ni nada.

No bien ha puesto uno el pie fuera de su casa, cuando le asaltan infinitos pedigüeños—y lo que es peor, pedigüeñas,—diciéndole, poco más ó menos:

—¡Hombre! usted que tiene influencia, ¿quiere usted pedirnos un billete para tres, á cuarta parte de precio?...

—¿Para tres un billete?

—Sí, ¿sabe usted? el médico nos ha recetado que vayamos á baños, y como las cosas están así, hemos echado el presupuesto muy por bajo.

—Pues, señora mía, usted podrá haber echado el presupuesto aunque sea al patio; pero yo no puedo proporcionarla á usted ningún billete...

—¿Y uno de cien pesetas?...

—¡Dios la ampare á usted!

No faltan tampoco sujetos famélicos, al parecer, que asaltan á cualquiera en la calle para decirle:

—Necesito tomar baños; usted me dará...

—¡Agua!—les contestan.

—No, señor; necesitaba dos pesetas para la sábana, y...

—Pues, hijo, se pone usted al sol, y se seca.

Si á estos *sablazos* veraniegos se añaden los mosquitos, las tercianas del Retiro, y otras varias cosas no menos molestas, calcule el piadoso lector lo que será el verano en Madrid.

Por supuesto, que en cuanto á peticiones de billetes, hay muchas ocasiones en que lo que uno desearía era tener el billete en el bolsillo para decirle al peticionario:

—Tome usted, y váyase al infierno... en el *express*.

Candela.

ÍNTIMA

¿Estás enferma?... ¿Y qué? ¿Tú crees acaso
que no voy á quererte estando enferma?
Has pensado muy mal, luz de mi alma,
y hasta me has ofendido.

¿Por qué lloras?

¿Es que de mis palabras quizás dudas?
Te juro que te quiero, te lo juro
por la dulce memoria de mi madre.



¿Qué enflaquece tu cuerpo? Hermosa mía,
¡sí yo miro tu cuerpo, como miro
la caja de oro en que el amante encierra
los sagrados recuerdos de su amada!
Ten la seguridad de que tu cuerpo
en mi ningún deseo ha despertado.
Te quiero por tu alma, que se asoma
en tus ojos azules y tranquilos.
¡Qué hermosos son tus ojos!

Contemplándolos
no sé por qué recuerdo que hay un cielo.



¿Qué te vas á morir? ¡Oh, no ángel mío!
Dios te ha mandado al mundo, como al Norte
mandamos nuestras flores más hermosas
para prestar consuelo al que está triste.

Dios te ha mandado al mundo, y en el mundo
has de ejercer una misión sagrada.
Tú eres el cónsul que bajó del cielo,
y del cielo eres cónsul en la tierra.



Las flores trasplantadas se marchitan
añorando la tierra en que nacieron,
y esto te pasa á tí, porque naciste
en el jardín eterno de la Gloria.

.....
¿Estás enferma?... ¿Y qué? ¿Tú crees acaso
que no voy á quererte estando enferma?
... Te juro que te quiero, te lo juro
por la dulce memoria de mi madre.

R. Suriñach Senties

MÚSICA POPULAR

Napoleón I dijo que la música era el ruido menos desagradable que conocía. Yo creo que tan rotunda afirmación peca de exagerada; pero á veces resulta exacta. No me refiero, claro está, á la música en general, de la que soy ferviente devoto, sino á esa que podemos llamar *popular*, lo mismo que decimos de otras religiosa, *di camera* ó clásica.

La tengo, no odio, por más que á veces casi llego á él; pero si pavor, miedo, terror, ó lo que ustedes quieran.

Se estrena una zarzuelita de esas del género minúsculo, de la que dicen los revisteros que «su música se hará pronto popular y la oiremos tocar en las calles», y ya estoy temblando. Porque entonces eso ya no es música, ni cosa que se le parezca... Es una calamidad más; una nueva desgracia.

No es que la tal música tenga más ó menos mérito, que de eso no entiendo; es que á los pocos días ha llegado, en efecto, al vulgo, y la cantan las *menegildas* y las niñas cursis, y el pollo relamido; y en la calle las tocan el piano de manubrio, la cuadrilla de ciegos, el pobre de la esquina y la murga del vecino ó del tendero de al lado.

Así sucede hoy con la partitura de *Gigantes y cabezudos*, del ilustre Caballero, uno de los maestros que más admiro; que á

pesar de su inspiración y de sus grandes bellezas, se me ha sentado en el estómago á fuerza de oír la cantar, tocar y gimotear.

Frente á mi casa se sitúa todos los días uno de esos orgánillos, que, sin parada ni descanso alguno, suelta en un periquete las seis ó siete jotas de la zarzuela citada... Les parece corta la sesión á los señores del manubrio, y vuelven á repetir las entre el jolgorio de porteras y comadres... Huyo del balcón, me refugio en las habitaciones interiores, y me encuentro con que la criada del segundo canta á grito herido

«Si las mujeres mandasen...»,

la niña del principal lo de

«Grandes para los reveses...»,

y el zapatero del patio:

«Por la Patria...»,

acompañándose con el martillo.

No aguanto más... Cojo el sombrero, y desesperado, maldiciendo de la música de Aragón y hasta de Caballero, me echo á la calle... ¡Horror! Un grupo de muchachos me corta el paso bebiendo el coro de *repatriados*... Me alejo de ellos, y no bien lo he conseguido, hallo á una comparsa de ciegos que lacrimosamente toca la jota de *Calatorao*... Entro en un café, y, ¡oh, desgracia! es de los filarmónicos; en efecto, al poco rato el sexteto, ó lo que sea, *ataca* briosamente con los *Gigantes*.

Escapo... Ya no sé qué hacer; volveré á casa, pienso; y así lo hago... No han acabado aún de abrir la puerta, cuando veo venir á mis pequeñuelos cantando otra jotita de esas; y allá, en la cocina, siento á la criada que maltrata traídoramente otra jota...

Atontado, jadeante, rendido, caigo en una butaca. Se acerca mi mujer...

—Si las mujeres mandasen—me dice.

—¿Qué es eso?—grito yo exasperado.

—Nada, hombre: que si las mujeres mandásemos, no estaría la plaza como está; cualquier cosa vale un sentido.

—¡Ah, respiro! Creí que también tú ibas á cantar los *Gigantes*.

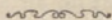
Ahí tienen ustedes las delicias de las músicas populares. No le dejan á uno trabajar, ni dormir, ni pensar en los acreedores, ni acordarse de la suegra... Lo absorben todo; en todos lados se la encuentra... En casa, en la calle, en el paseo, en visita...

Yo estoy tan saturado ya de ella, que no sé cómo aún no he salido por esas calles haciendo de *Gigante*, de *Tambor* ó de *Señá Rita*, si á mano viene...

¡Por que eso es un contagio!

F. García Gano.

Lo siento mucho...



¿Con que ya no me quieres, morena mía?
¿Con que estás á mi lado serena y fría,
sin recordar promesas que ayer me hiciste?
¿Y eso te apura tanto? ¡Qué tontería!
Vuelva á brillar tu rostro con alegría,
que á mí me aburre mucho la gente triste.

Si me olvidaste, dime que no me quieres,
que acabaron ya todos nuestros placeres;
pero eso sin amargos dejos de pena;
¡si hay en el mundo muchas, muchas mujeres!
y si no tan bonitas como tú eres,
algo menos ingratas que tú, morena.

Por eso no me apuro, ¡qué he de apurarme!
Si te creíste acaso que iba á matarme
tu desamor, el día que yo notara
que te encontrabas harta por fin de amarme,
eso, morena mía, fué compararme
con... cualquier mamarracho que se mataca.

Eso es propio, á lo sumo, de un peluquero;
pero á mí, aunque te juro que sí te quiero,
no me han dado las cosas nunca tan fuerte,
y aunque sé que este caso no es el primero,
á mí siempre, morena, te soy sincero,
me ha gustado la vida más que la muerte.

Y no creas por esto que no deploro
la muerte del cariño que tanto lloro,
con él pierdo una parte de mi existencia;
pero aunque ese cariño fué mi tesoro,
aunque lo siento mucho, porque te adoro,
yo tengo para todo mucha paciencia.

Por eso, cuando miro, morena mía,
que te hallas á mi lado serena y fría,
olvidando promesas que ayer me hiciste,
podré tener un rato melancolía,
pero brilla en mi cara pronto alegría,
porque á mí no me gusta la gente triste.

LA CASA DE CARACÓLES

(CUENTO APÓLOGO ORIGINAL)

(Para un gobernante.)

I

Thing-Nankin era un famoso artista chino, el cual había fabricado con maravillosa paciencia obras de filigrana y mosaicos los más preciados del Imperio celeste.

Pulquísimo, apacible, severamente ceremonioso para toda reverencia de la rígida etiqueta, dotado de virtudes peregrinas, amante del trabajo ordenado, constante y de escrupuloso esmero, Thing-Nankin no recibía brusca y repentinamente la inspiración, no se sentía nunca herido por el rayo celestial que ilumina y enciende de modo inesperado el alma de otros artistas; en el espíritu de Thing-Nankin, las inspiraciones producíanse suave, lenta, gradualmente; y así, para realizarlas sometía su actividad al proceso laborioso de la siembra y del cultivo.

El tiempo, no sólo era un auxiliar del trabajo, sino un maestro cuyas advertencias y lecciones no podían ser desatendidas por ningún artifice; pensaba Thing-Nankin.

Hacia treinta años que había empezado una obra de arte, una mesa de te para la Emperatriz. Cuantas aves vuelan por los aires, cuantos peces nadan por la mar y por los ríos y lagos, cuantas conchas hay en las playas, cuantas mariposas y flores se ofrecen en los jardines, habían de ser copiadas en la mesa de te por el artista.

Plumajes vistosísimos de miles de tornasolados colores; escamas de oro, de plata y de azul, conchuelas, rayados, espinados, salomónicos, de valvas, de canalillos ó de cordoncetes; y así, alas de matices infinitos, y corolas, cálices, estambres, hojas rarísimas, iban día por día, pedacito por pedacito, apareciendo en el portentoso mosaico.

Un día, cuando Thing-Nankin, después de haber medido y ajustado unos pedacitos de marfil, de carey y de malaquita, y con las espinzas se disponía á colocarlos en la preciosa tabla, entró un oficial de la corte del Emperador.

Hechas las ciento sesenta y tantas cortesías, sin olvidar una, esto es, sin que la menor equivocación le hiciera confundir un movimiento por otro ó desvariar de su regla un ademán, el oficial dijo al artista:

—El Emperador quiere tu consejo.

—¿Mi consejo?...—exclamó con verdadero asombro Thing-Nankin.

—Sí, el Emperador te llama sabio de los sabios.

—Mi ciencia es la paciencia.

—Bien haya tu ciencia cuando el Emperador la reclama.

—¿Y he de ver yo al señor? ¡Oh, cómo, será posible!

—Atiende, ¡oh, favorecido del cielo! manos tienes diligentes, corazón firme y talento clarísimo por la altura de clarísima luz: El señor quiere le contestes á las preguntas que aquí en este papel vienen escritas.

El oficial hizo ochenta y siete reverencias, cuatrocientas genuflexiones y ciento y tantos saludos, á los que contestó con igual precisión y corrección Thing-Nankin.

El pergamino del Emperador fué entregado al artifice Nankin, el cual luego que el oficial del palacio imperial se hubo marchado, desdobló el pergamino sin dejar de hacer cuanto la etiqueta exigía, pues aunque el artista se hallaba solo, no por esto despreciaba sus deberes de súbdito leal y respetuoso.

En el pergamino se le decía á Thing-Nankin:

«Hallaste mi gracia, ¡oh, tú, más laborioso, silencioso y modesto que el gusano tejedor de capullos! Y así, vengo á pedirte me digas si hallas que es posible concertar los hombres para, con el concierto de ellos, hacer el bien.

«Cuando lo dijeres, en premio te daré una esposa entre las más hermosas y ricas doncellas de mi corte; que quien da prudentes consejos, cabeza segura tiene para ser esposo. Cuando no lo acertares, si así pudiere ocurrir, quitate con la espada tu cabeza; porque cabeza sin discurso, parte inútil es y de desecho.»

Esto más ó esto menos, venía en sustancia á decir el pergamino imperial.

—¡Tiempo, tiempo! y todo lo sabré,—decía muy apenado el pobre artista, cuanto apenado porque ni se le apresuraba en el escrito imperial, ni se le otorgaba largo plazo para que diese el consejo.

—Sin tiempo, no hay acierto,—repetía.

Mas no con aflicción, no con temores, no desconfiando ó desesperando, puesto que á la vez que se puso á pensar en el degüello que se le pedía, volvió á su trabajo de mosaico y puso unos triangulitos de ágata en torno de otros de marfil, y con todo fué apuntando un contorno de flor para la greca en que con otros formaba los concéntricos de su medallón.

—Cuando no señala poco tiempo el Emperador, es que no mide

según su deseo de saber mi respuesta; y cuando no marca mucho, es que no se atreve á fijar plazo para una obra que otro ha de hacer. Ni yo podría medir sus impacencias, ni él medir mi actividad. Nadie mide lo que no ve ni conoce.

Veamos, pues, ¿por qué pide este consejo?

Bien será porque desea poner en armonía á sus caudillos y á sus soldados para que hagan la guerra, ó de acuerdo á sus consejeros para que hagan justicia, ó tal vez á todo su pueblo para que tengan felicidad.

Y así, discurre que más discurre, piensa que te pensarás, ora con los ojos en tierra cual si esperase que de ésta brotase el consejo como plantita fructífera, bien elevándolos al cielo para ver si en éste lucía, por inspiración de los dioses, la deseada verdad, Thing-Nankin, en el tiempo en que descansaba de su obra de mosaico, dedicábalo á tal discurso.

Al fin un día creyó descubierta la verdad.

Horas y horas pasó en el jardín rebuscando plantas que luego machacó, recogiendo el jugo en una linda tacita. Hecho esto, pidió licencia al Emperador para hacer en los jardines de palacio una obra que habría de ser de mérito, y que, en tanto que el buen Thing-Nankin la hiciera, había de pensar en el deseado consejo.

Concedidas le fueron las licencias solicitadas, y Thing-Nankin, ayudado de muchos pajes, comenzó en uno de los puntos más solitarios del jardín su obra, una casita con pabellón para el hijo del cielo.

De una y otra parte, y en grandes cestitos de mimbres, llevaban los pajes caracolillos de todos colores. Los caracolillos de jardín, verdes, perla, blancos, negros, encarnados, que sacaban sus cabecitas y alargaban sus cuernecillos; pero tocábalos Thing-Nankin con la yema del dedo índice de la mano derecha, y se recogían en sus casitas y quedábanse inmóviles, no sabemos si muertos ó aletargados.

Luego Thing-Nankin fué pegando al varillaje y bigaje de cañas, armadura de la casa, á aquellos caracolillos, con los cuales hizo pared y techado, y una vez terminada la extraña construcción, Thing-Nankin postróse ante el Emperador y le dijo:

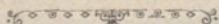
—He terminado para ti ¡oh señor! un lindo pabellón. Es una casa formada de caracoles... podrás reposar en ella esta noche... y aguarda con la llegada del día, á la salida del sol, la respuesta á tu pregunta.

Luego el Emperador hizo que le trasladaran en palanquín á

la casita de caracoles. Pasó con gran sosiego la noche, y á la llegada del día salió á ver aquella obra, y mucho la admiró por lo linda y extraña. Había allí reunidos un número incalculable de caracolillos, pegaditos estrechamente unos á otros.

Mas el día marchaba, y el sol apareció, y con sus rayos iluminó y calentó los muros y techo de la casa, y con el calor se reanimaron los caracolillos, que habian sido aletargados merced al unto de un narcótico hecho por Thing-Nankin, y llenos de vida y de movimiento, se fueron separando del armillaje de cañas, y la casa quedó desnuda de pared y convertida en jaula. «Formar casa con los que tienen casa, es hacer casa de caracoles». El Emperador comprendió el consejo, y colmó de honores y riquezas á Thing-Nankin, y le hizo esposo de una doncella prudente y hermosa.

José Zañonero

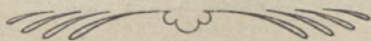


Graciella.



Te cantó aquel poeta á quien amaste,
Que en la arena del mar jugó contigo;
El joven ojeroso en quien hallaste
Alma de hermano y corazón de amigo.
Sentado de las rocas al abrigo
Hallaba junto á ti dicha completa
El lánguido poeta
Que un día te adoró, por tí demente,
Te amó otro día, y te olvidó al siguiente,
¡Su alma de soñador, de amor ansiosa,
No comprendió la tuya enamorada!...
Era lo natural, Graciella hermosa,
Como supiste amar, no fuiste amada.

Alberto L. Argüello





ANDALUZADA



Por una angosta vereda
hacia su pueblo avanzaba
el hombre de más *reaños*
de la andaluza comarca,
con su yegua puesta al trote,
al hombro la jerezana,
en el arzón la escopeta
y la alegría en la cara.

.....
Cerró la noche, y muy poco
la blanca luna alumbraba,
porque inmensos nubarrones
casi toda la ocultaban.

Así es que el más *pinturero*
andaluz de la comarca,
sin temer oscuridades,
con resolución avanza.

Pero de pronto la yegua
da un salto atrás y se para,
con las orejas muy tiesas
y las narices infladas.

Repuesto del leve susto
el andaluz, adelanta
las manos, y la escopeta
coge y se la echa á la cara.

—Arto allá *quièn m'interrumpe*
er camino que llevaba.—

La pregunta del jinete
por nadie fué contestada.

—*Cómo se entiende? ¡Ay, su mare!*
pos está bien; arre, jaca.—

Y con fuerza las espuelas
en los ijares le clava;

pero el animal comienza
á agitarse con gran ansia
y á dar saltos y corcovos,
y ni un paso adelantaba.

El andaluz, enojado,
con la voz trémula exclama:
—*Mala sombra, no te temo;*
á pistola y á navaja
te mato, y á cualquier cosa,
 aunque jasta sea á pedradas;
no te marches, que ya bajo;
tan sólo una pizca aguarda.—

Y dicho y hecho, se apea,
los pies en el suelo clava,
y, entre azorado y valiente,
va fijando sus miradas
delante, á un lado y á otro,
mas sin que nada avistara;
hasta que al fin mira al suelo
y en un objeto las clava:
¿qué era?—Por vida è su mare—
dijo el andaluz,—*pos zarzas*
que tiene mi hermosa yegua
arremotiná en las patas,
y que es naturar, pos digo,
en cuantique la pobre anda,
la pinchan jasta los güesos
y jasen que esté parada.—
Dió media vuelta á la yegua,
apartó con la culata
de la escopeta el estorbo,
y... siguió al trote su marcha.

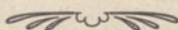
Enrique Fernández y Gutiérrez

Establecimiento tipográfico

de los

Hijos de J. A. García

Campomanes, 6.



Periódicos-Ilustraciones-Obras

Circulares-Prospectos-Menús.

Se solicitan

primeros cuadernos
de toda clase de publicaciones,
periódicos y revistas
para la
propaganda de suscripciones
en el Campo de Gibraltar.

DIRIGIRSE Á

D. Antonio Aragón

San Antonio, 10

Centro de suscripciones

ALGECIRAS

Se solicitan

muestras
de toda clase de artículos
para trabajarlas
en las provincias de Cádiz
y Málaga.

DIRIGIRSE Á

D. Antonio Aragón

(comisionista)

San Antonio, 10

ALGECIRAS

EXPORTACIÓN

á todos los puntos de la Península
de las ricas peras, camuesas, membrillos
y peros de Ronda.

Los pedidos deberán haerse con tres meses de antela-
ción á la fecha en que se recolecta y dirigidos á

DON ANTONIO ARAGÓN

San Antonio, 10 (provincia de Cádiz).—ALGECIRAS